

Si qua vidua, dice el Apóstol, *filios aut nepotes habet*, *discat primum domum suam regere*: si alguna viuda tiene hijos ó nietos, ante todas cosas dedíquese á educarlos bien, y á cuidar de su familia. No dice que ante todas cosas se esté todo el día en la iglesia, que se ande de hospital en hospital, ni que gaste el tiempo en novenas ni en devociones; sino que ante todas cosas cuide de sus hijos, los crie en el santo temor de Dios, y atienda al gobierno de su casa. ¿Siguen este consejo del Apóstol aquellas beatas de profesion, aquellas madres de familias que con el especioso pretexto de una falsa devocion dejan su recogimiento, andan continuamente fuera de casa, se hallan en todos los concursos, demasadamente espuestas á los peligros del bullicio y del tumulto? No es mi ánimo, ni permita Dios que lo sea, desaprobando, ni mucho menos censurar la ejemplar devocion de aquellas matronas y señoras cristianas que sirven de tanto consuelo y alivio á los pobres enfermos y encarcelados, renovando en nuestros tiempos el primitivo espíritu del cristianismo. Hablo solo de aquellas devociones fuera de su lugar, fruto ordinario del amor propio y de no sé qué secreto orgullo.

El cuidado de una familia cansa; la continua vigilancia sobre los hijos y sobre los domésticos fatiga; el retiro, el guardar siempre la casa se hace tedioso, y melancoliza; el amor propio suspira por el desahogo, y busca algun pretexto para dispensarse en aquellas obligaciones que se juzgan esenciales. Luego nos ofrece este bello pretexto una falsa idea que se forma de devocion. Se ha de asistir á todas las salves; no se ha de perder algun sermon; se ha de concurrir á todas las fiestas, á todas las funciones de iglesia. Ocupaciones santas son, y empleo del tiempo muy loable en todos aquellos que no tienen obligaciones incompatibles con esa piadosa ociosidad. Pero si mientras una madre de familias se está muy devotamente en la iglesia, sus hijos y sus criados viven con una licencia escandalosa; si mientras se ocupa en componer, en restituir la paz á otra familia, reina en la suya la desunion, la parcialidad, y la mala inteligencia; si mientras consuela á los afligidos, irrita y desazona á su marido por su piadosa holgazaneria, y por sus imprudentes abstinencias; finalmente, si mientras ella gasta el tiempo allá en sus devociones, se están sus hijos sin educacion y sin crianza, á merced de unos criados viciosos ó negligentes, sin oír quizá mas que conversaciones torpes, y sin ver mas que escandalosos ejemplos; ¿la agradecerá mucho Dios aquel ardiente zelo que muestra por los extraños? ¿hará mucho caso de un zelo tan poco prudente y tan mal ordenado? ¿serán del agrado de su Majestad unas de-

vociones tan fuera de su lugar, y tan incompatibles con las obligaciones de su estado? ¿llegarán á los oídos del Señor sus oraciones entre los gritos de sus hijos, las quejas de su marido, y las murmuraciones de su familia? ¿Cosa rara! no podia Dios facilitar mas la virtud, ni hacerla mas suave, ni mas accesible á todo el mundo, que poniéndosela á cada uno en las mismas obligaciones de su estado. Con todo eso son muy raros los que la buscan en él, ó á lo menos apenas se halla gusto en la virtud, que es propia del estado de cada uno. No se estima la que nace en el terreno propio: los mas suspiran por la que produce el ajeno, sin advertir que los árboles trasplantados á distinto clima, ordinariamente pierden mucho. Los aires naturales son los mas saludables. Santifíquense en sus casas las madres de familias, y no busquen fuera lo que tienen dentro de ellas. Si desean practicar las virtudes de humildad, caridad, mortificación, etc.; si quieren ejercitar su zelo, abundante materia encontrarán en sus casas; será mas pura su virtud, cuanto menos espuesta esté á la vanagloria. Dios no las pide mas que el que cumplan con sus obligaciones. En fin, los padres y madres de familias tengan siempre en la memoria este oráculo del apóstol S. Pablo: *El que no cuida de sí, y particularmente de los suyos, renunció la fe, y es peor que un gentil.*

El Evangelio es del cap. 7 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad, por nombre Naim; é iban con él sus discipulos, y una numerosa turba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda: y la acompañaba gran número de personas de la ciudad. A la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasion de ella, la dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon.) Y dijo: Joven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, los poseyó el temor, y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

De la sincera voluntad de entregarse á Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es bien de extrañar que

aquel mozo resucitado no se hubiese quedado desde luego en la compañía de Cristo, para ser uno de sus mas zelosos discipulos; y no es menos de estrañar que el mismo Cristo se le hubiese entregado á su madre. Admirable prueba de que Dios solo quiere el corazon, y que sin él, las mas finas, las mas elocuentes protestas son palabras, y nada mas.

Es muy verisimil que la madre, movida del mas vivo reconocimiento, ofreciese su hijo al Señor, y que el mismo hijo en aquellos primeros ímpetus del gozo que le causaba el verse restituido á la vida, protestase cien veces que no queria otro dueño, ni otro maestro, y que ya jamás se apartaria de su divina persona. En medio de eso Jesucristo se le vuelve á su madre, y la madre y el hijo dejan partir á Cristo. ¡Oh Dios mio, y cuantas copias tiene este original!

Resucitados muchos en esta Pascua por medio de la confesion, restituidos á la vida de la gracia en virtud del sacramento de la penitencia, ¡qué propósitos! ¡qué palabras! ¡qué protestas de reconocimiento, de ternura y de fidelidad! Pero en qué paran un mes despues todas estas religiosas magnificas promesas? Bien conoce ese jóven lo que debe á su divino bienhechor; pero su corazon aun está pegado á la tierra, y por eso no le quiere Jesucristo. Las pasiones adormecidas despiertan; los hábitos viciosos, mal reprimidos, vuelven á su antiguo vigor; á aquellos primeros movimientos de fervor sucede la desidia y la tibieza; á la tibieza el disgusto; y una vez disgustado de servir á Dios, se arroja en los brazos de su primer dueño, vuélvese á entregar á sus primeras inclinaciones, á las recaídas, á la funesta muerte del alma. ¿De donde se originó esta lastimosa desercion, esta lamentable vuelta al vómito del pecado? De que se convirtió el entendimiento y las palabras, pero no se convirtió el corazon. Este es el verdadero principio de que haya tan pocas conversiones constantes y sinceras. ¿Podré yo lisonjearme de que lo sea la mia? *Convertíos á mí*, dice el Señor, *con todo vuestro corazon, y no meramente con los labios; despedazad vuestros corazones, y no vuestros vestidos*: menos aparato, y mas sinceridad en la conversion. ¿Qué juicio debo hacer yo de la mia? ¡Ah, Señor, cuantas palabras inútiles, cuantas vanas promesas os he hecho en mis propósitos!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que Dios quiere el corazon por entero; esto es, el sacrificio entero, y no á medias, de nuestras inclinaciones, de nuestras pasiones, y de nuestros deseos demasiadamente mundanos, sensuales y favorables al amor pro-

pio. Dios quiere el corazon; pero un corazon indivisible, que ni pretenda, ni pueda servir á un tiempo á dos señores; porque si ama á uno, ha de aborrecer á otro; si respeta á este, ha de despreciar á aquel. Dios quiere el corazon, y por lo mismo quiere ser amado con generosidad, con ardor y con ternura; quiere ser servido con constancia, con alegría y con fidelidad. En fin, quiere el corazon; ¿y por ventura puede querer otra cosa? ¿ó á lo menos puede querer otra sin esta? Todo lo demás es suyo, y no ha menester nuestro consentimiento para tomarlo. Díonos él mismo el corazon, y solo el corazon es nuestro, hablando en propiedad; díonosle, y quiere que seamos dueños absolutos de él. No pretende vulnerar nuestra libertad; conténtase con solicitar que se lo demos por medio de sus promesas, de sus inspiraciones y de sus gracias: nos le pide, pero no le toma mientras voluntaria y libremente no se lo concedamos. Negárselo, es ingratitud, es impiedad, es injusticia. Pero el que ama tan ciegamente al mundo; el que busca en todo y por todo sus propias conveniencias; el que se entrega totalmente á sus pasiones, á su sensualidad, á su interés, ¿podrá decir que da á Dios su corazon?

¿Y despues de esto, se estrañará mucho que hubiese asegurado Cristo espresamente que es corto el número de los que se salvan? Son muchos los que hacen pública profesion de servir y amar á Dios; ¿pero son muchos, aun entre estos que parecen siervos suyos, los que le aman con todo su corazon? Sin embargo, esta es una condicion inseparable del primer precepto: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*. ¿Pero cuantos son los que observan hoy este primer mandamiento de su santa ley, basa y cimienta de todos los demás preceptos? Mira si segun esta doctrina, y á vista de lo que estás palpando en el mundo, puedes inferir prudentemente que son muchos los que aman á Dios con todo su corazon.

Decir que se ama á Dios, no amándole con todo el corazon, es mentira; pensar que se le ama con todo el corazon, cuando solo se le sirve á medias, es locura; persuadirse que se le sirve por entero, cuando apenas se hace cosa alguna de las que él nos manda, es estravagancia, es impiedad.

¡Ah Señor! ¿y no es cierto que acabo de hacer el mas fiel retrato de mí mismo en esta viva copia de los que infielmente os sirven? ¿puedo decir con verdad que os amo de corazon, y que soy vuestro sin reserva? No puedo responder á estas preguntas, divino Salvador mio, sino que sea con mi dolor y con mis lágrimas. Tomad, Señor, tomad este corazon, que enteramen-

te os le doy; y con vuestra gracia espero ha de acreditar mi vida que enteramente os le he dado.

JACULATORIAS. — Os busqué, Señor, con todo mi corazón; no permitais que me desvie jamás de vuestros mandamientos. (*Psalm. 118.*)

Vos, Señor, sereis eternamente el Dios de mi corazón, mi único dueño, y todo mi tesoro. (*Psalm. 72.*)

PROPOSITOS.

1 Siendo, al parecer, cosa tan fácil conocer uno cuando está su voluntad sincera, y totalmente entregada á Dios; apenas la hay en que mas se engañen ó se equivoquen los hombres. Esta sinceridad se conoce por las obras; pero pocos atienden á ellas para conocerla, contentándose con dar palabras que de ordinario son las pruebas únicas de nuestra sinceridad. Pues no hay que admirarnos de que los hombres se engañen y se equivoquen con señas tan engañosas. ¡Pero que pretendamos engañar á Dios con unas protestas que desmienten el corazón, con promesas sin efecto, con buenas palabras, y no mas! Esto sí que es digno de admiracion; ó por mejor decir, esto es lo que se llama patarata de religion y especie de sacrilegio. Confiesa la verdad: ¿y no te sientes tú comprendido en este delito? ¿amas á Dios con todo tu corazón? ¿se le has entregado sin reserva? Muchas veces has dicho que se le entregas todo á su Majestad; ¿pero cuanto has tardado en volvérselo á quitar? Repara desde este mismo punto esta grosera falta, haciéndole una donacion total y sincera. Examina qué es lo que mas te lleva el corazón; esa passion, ese demasiado punto, esa suma delicadeza en todo lo que toca á tu estimacion, esa diversion, ese juego, esa conversacion, esa comunicacion con aquella persona, esa alhajueta, ese mueble que te arrastra todos tus cariños, da principio sacrificándose á Dios desde luego, y entonces podrás decir que le amas con todo tu corazón, que quieres vivir y morir en su servicio. Ten presente que Isaac no dió su bendicion á Jacob por el testimonio de la voz, sino por el testimonio de las manos: *Vox quidem, vox Jacob est, sed manus, manus sunt Esau.*

2 Guárdate bien de cierta ilusion en esta materia, tanto mas temible, cuanto es mas engañosa y plausible: especialmente que el amor propio siempre la autoriza y la fomenta. Entrega de una vez (dice éste) tu corazón á Dios; y hecho esto, vive seguro, está tranquilo, nada te dé cuidado; aunque metan mucho ruido

las pasiones, no te asustes; aunque te esciten mil impuros movimientos los objetos, no te inquietes; aunque sean muy groseras tus imperfecciones y tus faltas, no te sobresaltes. ¿Entregaste una vez tu corazón á Dios? ¿aceptó? pues está en paz, y descuida. ¡Error perniciosísimo! ¡quietísimo, mitigado, aunque mal encubierto! Si para ser todo de Dios bastara decirle: Señor, yo os entrego totalmente mi corazón, y descuidar de todo lo demás, ¿á qué propósito nos diria Jesucristo que debiamos velar y orar continuamente, que siempre habiamos de estar con las armas en las manos, que era menester hacernos perpetua violencia, y que, como dice el Profeta, cada dia habiamos de comenzar, esto es, vivir como si comenzáramos de nuevo? Sucede con nuestro corazón lo que con aquellos animalillos domésticos que se crian en las casas; por mas que los echen de ellas, por mas que los sacudan, siempre vuelven. Si sucediera con él lo que con una alhaja, que una vez dada, no hay ya que buscarla dentro de casa, adelante; ya se pudiera vivir con algun menos cuidado; pero ese corazón, origen y asiento de las pasiones; ese corazón, donde reina el amor propio, siempre se queda en nuestro mismo terreno; aun despues de haberle dado nosotros á Dios, él mismo se da á las criaturas. ¿Pues será bien que vivamos en una devota inaccion, en una ociosidad afrentosa? ¿basta poner nos en la presencia de Dios, y pasar una hora inútilmente, sin pensar en nada, por no turbar una falsa seguridad con la vista de mil imperfecciones, y aun acaso de mil desórdenes? Por el contrario, ¿no será menester desconfiar siempre de su propio corazón; hacer guerra actual y continua á las pasiones; traer á la memoria todas sus obligaciones; no perder jamás de vista el fin para que fuimos criados; examinar en la presencia de Dios su porte y su conducta, y fomentar la devocion con la mortificacion y con la penitencia? Ten por sospechosas todas esas instrucciones demasadamente especulativas; huye de todo confesor, de todo director, que con especioso pretesto de hacerte volar á la perfeccion, quiere mantenerte en una peligrosa ociosidad y perniciosísima pereza. Di muchas veces á Dios que le entregas tu corazón; pero procura que lo digan muchas mas tu humildad, tu mortificacion, tu puntualidad, tu exactitud en el cumplimiento de todas tus obligaciones, tu continua violencia, y en una palabra, todas tus operaciones, y todos tus movimientos: *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere, et veritate.* Hijuelos míos, dice el apóstol S. Juan, no consista nuestro amor en buenas palabras, en espresiones que solo salen de la lengua, sino en obras, y en verdaderas pruebas de

las manos. Ten presentes estas palabras en todas tus devociones, y en ellas guárdate mucho de sendas estraviadas; sigue el camino real y carretero por donde fueron todos los santos, aquel que abre el Evangelio, y el mismo Cristo nos enseña.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

SAN PIO V, papa, del orden de Predicadores, en Roma, el cual dedicándose animosamente y con feliz éxito á restaurar la disciplina eclesiástica, á extirpar las herejias, y á destruir los enemigos del nombre cristiano, con la santidad de su vida y de sus leyes, gobernó la Iglesia católica. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA CRESCENCIANA, mártir, tambien en Roma.

SAN SILVANO, mártir, igualmente en Roma. (Créese que este Santo fué natural de Portugal.)

SAN EUTIMIO, diácono, en Alejandria, el cual murió preso por la fe católica.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES IRENEO, PEREGRINO, É IRENE, en Tesalónica, los cuales fueron quemados vivos.

EL TRIUNFO DE SAN JOVINIANO, lector, en Auxerre.

SAN ANGEL (ó ANGELO) presbítero, del orden de los Carmelitas, en Leucata en Sicilia, al cual hicieron tajadas los herejes porque defendia la fe católica. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN MAXIMO, obispo y confesor, en Jerusalem, al cual Maximiano Galerio César condenó á las minas despues de haberle hecho sacar un ojo, y quemado un pié con un hierro ardiendo. (S. Jerónimo habla con mucho elogio de este prelado, y dice que le sucedió en el episcopado S. Cirilo.)

SAN EULOGIO, obispo y confesor, en Edesa de Siria.

SAN HILARIO, obispo, en Arles de Francia, célebre por su santidad y doctrina. (Fué consagrado en 429, y habiendo congregado muchos concilios para contener los progresos del error, presidió en 441 el de Orange, en que fué depuesto Celedonio, obispo de Besanzon. Muchos y graves disgustos le acarreó su zelo, hasta que el papa S. Leon, convencido de su inocencia, prohibió el hablar contra de él. Sus escritos fueron en su tiempo la antorcha de las Galias, y una de las firmísimas columnas de la verdad. Murió en el año 449.)

SAN NICECIO, obispo, en Viena, varon de admirable santidad.

SAN TEODORO, obispo, en Bolonia, esclarecido en méritos.

SAN SACERDOTE, obispo de Ligüenza, en el mismo día.

SAN GERUNCIO, obispo, en Milan.

LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN, obispo y doctor de la Iglesia, tambien en Milan, el cual fué instruido en la verdad de la fe católica por S. Ambrosio, y bautizado en tal día como hoy por el mismo Santo. (*Véase la noticia en las de hoy.*)